

UNIDAD EN LA DIVERSIDAD A LA LUZ DE LA «JERARQUIA DE VERDADES» *

1. JERARQUIA DE VERDADES y DIVERSIDAD DE CARISMAS

El reconocimiento de la necesidad de una graduación escalonada entre las verdades de la fe, proclamado en el decreto del Concilio Vaticano II sobre el ecumenismo, quizá no represente teóricamente ninguna novedad absoluta. En virtud, sin embargo, del lugar en el que aparece le corresponde con un peso hasta ahora inexistente y, además, ha sido apreciado en su alcance ecuménico por católicos y no católicos como un hecho especialmente benéfico, que justifica grandes esperanzas en el caso de que se agoten en todas las direcciones los elementos en él incluidos¹. El trabajo teológico de K. Rahner ha posibilitado en gran medida tal reconocimiento².

En cuanto afirmación del concilio se le atribuye en primer lugar una importancia intracatólica, ya que mediante la referencia de todas las verdades a un centro

* Comenzamos aquí, con esta contribución de O. Cullmann, y con las debidas licencias, la publicación de las colaboraciones de naturaleza ecuménica incluidas en el homenaje a Karl Rahner: Oscar Cullmann, 'Einheit in der Vielfalt im Lichte der «Hierarchie der Wahrheiten»', en: E. Klinger y K. Wittstadt (ed.), *Glaube im Prozess. Christsein nach dem II. Vatikanum. Für Karl Rahner* (Herder, Friburgo/B-Basilea-Viena 1984). Traducción española del Prof. Santiago del Cura (Facultad de Teología del Norte de España, Burgos; y Universidad Pontificia de Salamanca).

1 Cf. especialmente U. Valeske, *Hierarchia veritatum* (Munich 1968).

2 Sobre todo K. Rahner, 'Über den Begriff des Geheimnisses in der katholischen Theologie', en *Schriften IV*; Id., 'Theologie im Neuen Testament', en *Schriften V*.

nuclear se cierra el paso al peligro del sincretismo, sobre el que frecuentemente se llama la atención por parte protestante. Al mismo tiempo cada reforma de la confesión cristiana única puede llegar a ser fructífera para el diálogo ecuménico, tal como pensaba Juan XXIII expresamente como consecuencia de la renovación católica llevada a cabo por el Concilio Vaticano II. Pero la elaboración de una escala de verdades fomenta también el ecumenismo de manera directa en la medida en que, por una parte, pierden virulencia controversias relativas a determinadas afirmaciones de fe (éstas siguen siendo sin duda parte integrante de la «jerarquía», pero dentro de ella ya no se encuentran en el lugar más alto) y en la medida en que, por otra parte, a través del reconocimiento común de un vértice de importancia central, se cumple la condición previa para la unidad³.

Para ello es necesario, sin embargo, no solamente que la Iglesia Católica reflexione sobre la jerarquía de las verdades que ella proclama, sino también que las demás iglesias establezca un rango jerárquico para su propia iglesia. Al protestantismo pudiera parecer que esto es algo superfluo, ya que a su propia esencia pertenece el hecho de concentrarse sobre la Biblia. Veremos, no obstante, que con ello la cuestión no queda solucionada tampoco para el protestantismo.

Los diversos ordenamientos jerárquicos han de confrontarse mutuamente entre sí. De ello se inferirán determinados aspectos que deberían ser objeto de este trabajo, el cual tendrá en cuenta no sólo afirmaciones de primer rango, sino también de rangos secundarios e inferiores. Una tal confrontación es apropiada para poner al descubierto las grandes dificultades existentes, pero también las posibilidades de un entendimiento mutuo.

Yo quisiera aplicar también a las verdades de la revelación la misma tesis que he desarrollado ya en varios artículos sobre la diversidad de carismas: no uniformidad, sino unidad en la diversidad. Dejando aparte la necesidad

3 Al hablar en las páginas siguientes de «centro, fundamento, verdad fundamental, núcleo», de acuerdo con el uso lingüístico general, somos conscientes de que estas expresiones no son adecuadas a la imagen de *jerarquía*, ya que ésta exige un vértice supremo.

de una aceptación común del centro de toda revelación, debería renunciarse de antemano a la utopía de una unificación de las «jerarquías de verdades». Esto no sería solamente una utopía (aunque sin duda lo sería también si se atiende a la obstinación con que se mantienen en teología las tendencias confesionales); más bien estaría en contradicción con la esencia más íntima de las verdades de fe, ya que éstas se hallan en estrecha relación con el Espíritu Santo, que crea unidad siempre en la diversidad, y con el carisma concedido a cada iglesia. Dones del Espíritu Santo especialmente acentuados conducen a la revelación de verdades de fe especialmente profundizadas. Por ello vale para las últimas, *mutatis mutandis*, lo mismo que para los carismas: así como hay «diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu» (1 Cor 12, 4), así también hay diversidad en el ordenamiento jerárquico de las verdades reveladas, pero un mismo origen de toda revelación. Por lo demás no reptaré aquí lo que ya he expuesto en diversos artículos sobre el carisma⁴ y últimamente en la colaboración para el homenaje dedicado a J. L. Leuba⁵, quien, al igual que Rahner y que yo, propugna de modo consecuente un ecumenismo de la unidad en la diversidad.

La uniformidad es pecado contra el Espíritu Santo. La gran defección de la cristiandad consistió en haber hecho de la riqueza de la diversidad, que debía fundamentar precisamente la unidad, una ocasión para la disputa y la división. Querer combatir hoy día esta división por medio de la uniformidad y de un ecumenismo de fusión, en el que cada iglesia renunciase a su don más valioso, el propio carisma, significaría expulsar al diablo por medio de Belcebú.

Es cierto que hoy se acentúa en todos los encuentros ecuménicos la necesidad de la unidad en la diversidad. Pero no siempre se sacan en todos los campos las consecuencias de que no se trata de la unidad *a pesar de*, sino *por medio de y en* la diversidad⁶. Una fusión de las iglesias por medio de la uniformidad debe excluirse incluso

4 Cf. especialmente 'Ökumenismus im Lichte des biblischen Charismabegriff', ThLZ 11 (1972) 808 ss.

5 *In necessariis unitas* (París 1983).

6 Cf. al respecto también J. L. Leuba, 'Oecuménisme et confessions', IKZ 2 (1982) 96 ss. Prof. K. Stadler zum 70. Geburtstag.

como meta lejana, pues el Espíritu Santo actúa siempre de una manera diversificadora. Por ello, no debería considerarse como una meta únicamente provisional el logro de la unidad bajo la forma de una federación⁷, sino que más bien debería fomentarse en todas las direcciones como tarea propiamente ecuménica y debería constituir el marco para la solución de los problemas ecuménicos controvertidos entre las confesiones. De esta manera se evitarían tanto la impaciencia como la frustración ecuménica, que tanto perjudican a la causa de la unidad.

Por supuesto que así no se convierte en una empresa más fácil la confrontación entre los distintos ordenamientos jerárquicos. Aquí nosotros planteamos las siguientes cuestiones: 1. ¿Cómo puede hacerse realidad en una federación de iglesias parciales (*Teilkirchen*) ecuménicamente unidas el reconocimiento general de una *verdad fundamental* (*Grundwahrheit*)? — 2. ¿Cómo hacer posible que las discrepancias confesionales en el ordenamiento jerárquico de las verdades *derivadas* (*abgeleitete*) conduzcan a una complementariedad mutua en vez de a una disgregación? — 3. ¿No son las contraposiciones irreconciliables las que imposibilitan una unidad en la diversidad?

2. LA VERDAD FUNDAMENTAL QUE HABRIAN DE ACEPTAR TODAS LAS IGLESIAS

La diversidad de verdades deja de ser expresión de riqueza tan pronto como carece de relación con el vértice de la «jerarquía». En sí misma la diversidad no es un mal, pero sí su falta de relación. El establecimiento de un escalonamiento jerárquico resulta especialmente importante para el catolicismo, ya que para él la tradición encierra en sí un número mayor de verdades vinculantes, con lo que puede originarse más fácilmente el peligro de sincre-

7 Empleo esta expresión por carecer de otra mejor. Pero debe darse por descontado que las características esenciales de una federación política no pueden transpasarse sin más a la federación ecuménica tenida aquí en cuenta, en la cual la unidad se crea por medio del Espíritu Santo.

tismo. Y así se explica que el concepto de «jerarquía de verdades» haya surgido precisamente en el catolicismo.

Para el protestantismo pudiera parecer que está de más la determinación de un centro en el sentido mencionado, puesto que le es esencial la concentración en la Biblia. Pero en realidad también el protestantismo ha de confrontarse con esta cuestión, pues la Biblia misma encierra una multiplicidad de verdades. De aquí surge el problema del «canon dentro del canon». Y la historia demuestra que entre las diversas partes de las doctrinas reveladas ora se dio preferencia y se estableció como punto central una doctrina, ora se dio preferencia a otra, a partir de la cual se pretendió esclarecer todas las afirmaciones restantes: para Erasmo lo fue la enseñanza proclamada en el sermón de la montaña, para los reformadores la doctrina paulina de la justificación, para la iglesia ortodoxa la teología joánica.

¿Es que existe un criterio objetivo que nos permita determinar el centro (o, por seguir con la imagen de la jerarquía, el vértice supremo de la escala) en el interior de la Biblia de una manera más precisa que con la fórmula de Lutero: «das, was Christum treibt»? * Yo he escrito mi trabajo sobre las fórmulas de fe más antiguas del NT⁸ con la intención principal de constatar qué es lo que los autores mismos del NT han considerado como *lo más esencial* de ellos. En aquellas fórmulas de una breve frase (p. ej., Kyrios Christos) o bien expuestas de manera más amplia (p. ej., 1 Cor 15, 3 ss; Fil 2, 6 ss.) los primeros testigos de la revelación se esforzaron por limitarse a las afirmaciones más importantes para sí (sin descuidar con ello las demás verdades bíblicas).

K. Rahner ha indicado en un artículo⁹, en una entrevista concedida a propósito del mismo¹⁰ y además en otras ocasiones que la aceptación común del llamado Credo Apostólico y del Niceno Constantinopolitano podrían constituir la condición fundamental para una unión. De hecho se halla ya ampliamente cumplida esta justa condición. A lo sumo podría plantearse todavía la cuestión de si

* Aquello que propugna, estimula, favorece a Cristo o trata de él.

8 *Die ersten christlichen Glaubensbekenntnisse* (Zollikon 1943).

9 *Evangelisches Monatsblatt* (Bielefeld, sept. 1982).

10 *La Vie Protestante* del 25.2.1983.

entre las verdades enumeradas en estas profesiones de fe, las cuales a su vez representan ya una diversidad, hay unas que sean más centrales que otras (cuya vinculabilidad en modo alguno es cuestionada de esta manera)¹¹. ¿No podría establecerse también entre ellas una jerarquía partiendo de las confesiones de fe neotestamentarias antes mencionadas? ¿No corresponde a las afirmaciones sobre la muerte y la resurrección de Cristo un peso mayor que a las demás? No es que con esto deba considerarse despatchada la propuesta de Rahner. Pero en cualquier caso resulta hoy día ya posible en gran parte un acuerdo sobre un centro o un fundamento de la fe¹², con lo cual está ya creada una instancia a la que se ha de apelar en la discusión ecuménica sobre las *otras* verdades.

A este respecto se ha de prevenir ante una equivocación peligrosa: bajo ningún concepto de amor a la unidad debe suprimirse o recortarse la sumisión a la verdad fundamental, tal como a veces sucede por parte de un superficial ecumenismo de moda, como si lo principal fuera la unidad «a cualquier precio». Tal unidad podría conducir sólo a un ecumenismo aparente. Las palabras de Jn 17, 21 «que todos sean uno» no pueden desgajarse de su conjunto. Si la unidad no permanece rigurosamente orientada a la verdad central, entonces se crearán arbitrariamente otros centros en torno a los cuales sea posible estar unidos; p. ej., ideales políticos, mientras que son éstos los que han de ajustarse al verdadero centro de la fe y los que han de ordenarse de acuerdo con éste.

3. EL ESCALONAMIENTO JERARQUICO DE LAS VERDADES DERIVADAS

Mientras que en lo referente a la verdad fundamental se está obligado a buscar el logro de un consenso, en lo referente a la escala de los demás artículos de la fe no sólo resulta imposible, sino que por lo general no es ni siquiera indispensable una unificación recíproca de las

11 K. Rahner ha acentuado repetidas veces que en ningún caso sería lícito que aconteciera tal cosa. Cf. *Theologie im Neuen Testament*, loc. cit., 49.

12 El «centro» no ha de consistir naturalmente en una única frase.

clasificaciones respectivas. Es cierto que las diversas confesiones deben aprender mutuamente unas de otras en lo relativo a la pertenencia o a la ausencia de ésta o de aquella verdad o de su valoración, y estar dispuestas a una cierta *acomodación*. Pero en general es válido aquí lo mismo que en el caso de los carismas, los cuales, en interés del enriquecimiento de toda la Iglesia por medio del Espíritu Santo, deben complementarse en su diversidad. Pues si en esta iglesia experimentan ciertas verdades una acentuación mayor y en aquella otras, todo está relacionado con el carisma propio de cada una, del cual proceden.

En el capítulo siguiente se hablará de las discrepancias insolubles. Aquí se ha de reflexionar primeramente sobre el hecho de que la acentuación más intensa de una verdad puede servir para su profundización y de que, precisamente de este modo y allí donde ocupe un lugar inferior, dicha verdad puede purificarse y esclarecerse. Así, p. ej., en el NT en la comunidad de Tesalónica ocupaba un lugar destacado la revelación sobre la esperanza. Algo análogo podría indicarse también para las comunidades apostólicas de Corinto o de Roma.

También la *existencia* o carencia de determinadas afirmaciones de fe en las diversas escalas jerárquicas puede ser ocasión de examen y de complementariedad recíprocas. Naturalmente la lista de la Iglesia Católica, en la que se halla incluida la tradición, es más larga que la de la Iglesia Protestante, a la que le es esencial la concentración bíblica, la reducción. El problema de la «demasia», por un lado, y el de la «exigüidad», por otro, aparece aquí claramente. De ahí que la tarea del protestantismo frente al catolicismo pueda consistir en prevenir ante el exceso del «demasiado» y la del catolicismo frente al protestantismo en preservar a éste de una reducción excesiva, de una restricción demasiado angosta.

En ambos casos se ha de examinar si realmente en el «demasiado» o en el «demasiado poco» se trata de aquellas verdades que se derivan o no de la verdad fundamental. Así los interlocutores protestantes deberían preguntarse si el despliegue de la verdad fundamental en una verdad derivada, contenida *implicitamente* en ella, no podría ser

legítimo¹³, aunque quizá hubiera de encuadrarse en un rango inferior. Por ello los protestantes, de acuerdo con su principio bíblico, deberían examinar si determinadas partes doctrinales ausentes en ellos, aunque no se encuentren mencionadas de manera necesariamente explícita en la Biblia, se hallan en acuerdo o en desacuerdo con ésta. De este modo tal vez podrían llegar a la conclusión de que afirmaciones sobre un ministerio petrino de la unidad, por encima de una tarea magisterial, pudieran ser aceptadas, aunque en todo caso debieran quedar excluidos, desde su propia posición, los dogmas sobre la infalibilidad que en el catolicismo van unidos con todo ello.

Lo que resulta indispensable en cualquier caso es hacer un esfuerzo en torno a la relación interdependiente entre las verdades: relación de cada verdad con la verdad fundamental comúnmente aceptada, relación entre sí de las verdades derivadas.

Lo primero es especialmente necesario cuando las distintas verdades derivadas amenazan con llevar a disensiones. En Gál 2, 6 ss., a propósito del llamado concilio de los Apóstoles, vemos cómo opiniones doctrinales aparentemente opuestas se complementan entre sí merced a la confrontación con la verdad superior. De hecho ya en la comunidad primitiva la diversidad querida por Dios en la revelación (en este caso continuidad de la comunidad nueva con Israel —Pedro—, por una parte; proclamación del evangelio a los paganos —Pablo—, por otra parte) había amenazado con llegar a ser ocasión de conflictos humanos. La división pudo evitarse gracias a aquel primer concilio mediante el retorno a las convicciones de fe comunes: se reconoció que también a Pablo «se le había otorgado una gracia» (v. 9) por parte de aquel mismo que también se la había deparado a Pedro. Y la gracia concernía no solamente a su misión, sino también a la revelación en la que se basaba.

Todo *aislamiento* de una afirmación de fe, por importante que sea, trae como consecuencia una perturbación

13 Que esto no puede rechazarse *a priori*, tal como a veces sucede por parte protestante, lo podría mostrar, p. ej., el importante dogma relativo a la Trinidad, el cual únicamente de manera *implícita* se halla en la Biblia.

de la armonía y un exclusivismo sectario. Así en el montanismo del s. II una verdad tan importante como la relativa al Espíritu Santo fue objeto de aislamiento (lo cual equivale siempre simultáneamente a deformación), mientras que ésta habría necesitado ser complementada con aquellas otras verdades que tienen por objeto los recursos necesarios para salvaguardar de la anarquía las actuaciones del Espíritu Santo. En el marcionismo el aislamiento del kerygma propiamente bíblico del amor divino, junto con el rechazo de la justicia de Dios, originó herejía y división.

Nosotros podríamos seguir a través de toda la historia de la Iglesia la desfiguración de afirmaciones de fe legítimas a causa del desgajamiento de su vinculación con la armonía de las demás verdades. Esto lo encontramos en las sectas escatológicas, a pesar de que ellas nacen de las doctrinas sobre el fin que pertenecen indiscutiblemente al cristianismo. En todos estos casos puede suceder que la verdad aislada termine desplazando de su rango superior a la verdad fundamental. Así la libertad que se proclama de parte protestante llega a ser un elemento de desorden que aniquila toda unidad en el caso de que se desprecien aquellas verdades que tienen como meta el mantenimiento de la comunión (Dios es un Dios de orden, 1 Cor 14, 33). A la inversa, la organización católica atribuida a Dios amenaza con degenerar en institucionalismo y totalitarismo en el caso de que no sea purificada por medio de la ponderación de la doctrina relativa a la libre actuación del Espíritu ¹⁴.

4. LOS LIMITES EN EL RECONOCIMIENTO RECIPROCO DEL ESCALONAMIENTO JERARQUICO PROPIO DE CADA IGLESIA

En los casos últimamente mencionados la amenaza de la unidad ha de solventarse mediante el restablecimiento

14 K. Rahner en su colaboración para el homenaje dedicado a mí *Ökumenische Möglichkeiten heute*, ed. K. Froelich (Tubinga 1982) exige «pasos oficiales concretos con miras a la unificación» (p. 80 ss.). Estos pasos apuntan en la misma dirección del establecimiento de complementariedades cuando, a propósito, p. ej., de la doctrina sobre el papado, amortigua la rigidez de las decisiones dogmáticas tomadas «ex cathedra» poniéndolas en relación con la revelación otorgada a la Iglesia en su conjunto».

de la justa relación interdependiente, e.d., de la armonía de verdades. Ahora bien, resulta inevitable que el rango valorativo exigido como algo incondicional por unos para determinadas verdades sea rechazado en principio por otros como una equivocación, en lo cual puede llegarse incluso a cuestionar la afirmación respectiva. De la época apostólica podrían recordarse las afirmaciones sobre lo «puro» y lo «impuro», de épocas posteriores los dogmas marianos, los cuales tienen una relevancia teológica mucho más grande. Su presencia o ausencia en un rango superior puede llevar a discrepancias insuperables.

Determinados dogmas marianos, así suena la objeción protestante, podrían romper la comunión en la verdad fundamental por el hecho de ser colocados en una cercanía tan grande a esta verdad que vendrían a situarse *al lado* de ella. De parte católica se dice, por el contrario, que la verdad fundamental llega a vaciarse de contenido si no se halla *estrechamente* relacionada con cada una de las demás verdades. En la medida en que de este modo se convierte en objeto de controversia el núcleo central que ha de aceptarse comúnmente, nos hallamos, en cualquier caso, ante la amenaza de un fracaso de los intentos de unificación, al menos en este tema. Por lo general, sin embargo, es posible que a través precisamente de la «*hierarchia veritatum*» se mantenga un distanciamiento mayor de estos dogmas respecto al centro.

¿Hay límites infranqueables que imposibiliten el ecumenismo también bajo la forma de unidad en la diversidad? Algunos responden afirmativamente, como, p. ej., los llamados integristas de parte católica y protestante. Para Pablo constituyó una preocupación muy grande el problema que, a través de un grupo de miembros de la comunidad, se planteó en su época a propósito de la exigencia incondicional de ciertas prescripciones sobre la distinción entre «puro» e «impuro», relativas a las comidas. En torno a este problema Pablo se expresó en sus cartas en largas explicaciones. Sobre el tema retorna constantemente en 1 Cor 8, 7 ss; 10, 23 ss; Rom 14, 1 ss. En fin de cuentas se trata de un aspecto del escalonamiento jerárquico de las verdades. La solución de la discrepancia entre aquellas prescripciones y el convencimiento de la libertad cristiana frente a ellas la ve San Pablo en la deferencia

para con los «débiles en la fe». En razón de la «liberación» llevada a cabo por Cristo (Gál 5, 1) retiene él ciertamente como un error la distinción insistente entre «puro» e «impuro». Pero él no quiere que esta libertad se acentúe tan exageradamente que la fe del «hermano por el que Cristo ha muerto» (1 Cor 8, 11; Rom 14, 15) llegue a ponerse de este modo en peligro. No es lícito promover la libertad al primer rango de la escala valorativa. A la libertad se ha de anteponer la revelación del amor de Cristo. He aquí la solución a través de la relación mantenida con el centro nuclear, de la cual hemos hablado: «παντα μοι ἔξεστιν», ἀλλ' οὐ πάντα συμφέρει (1 Cor 6, 12; 10,23).

No en todas las cuestiones de fe, sin embargo, queda tan clara y evidentemente manifiesto como en la cuestión de lo «puro» y de lo «impuro» el hecho de que los «débiles en la fe» se encuentren a una parte y los «fuertes» a otra. Por el contrario sucede con frecuencia que una iglesia o grupo considere la acentuación de una afirmación como signo de «fortaleza» en la fe, mientras que otra iglesia considera tal precisamente su rechazo. Antes de cerrar las puertas a todos los esfuerzos por la unidad, ¿no se deberían considerar también aquí seriamente las exigencias del apóstol Pablo? Al «in necessariis unitas» se ha de añadir el «in omnibus caritas».

Una restricción se hace, no obstante, indispensable. La deferencia para con los designados como «débiles en la fe» va unida en todo caso a su aceptación de la *verdad cristiana fundamental*. Jamás es lícito dejar fuera de consideración el precepto más importante del ecumenismo: el de mantener unidos el amor y la verdad (ἀληθεύοντες ἐν ἀγάπῃ, Ef. 4, 15). A la disponibilidad para concesiones le ha sido impuesto un límite. Y también en este sentido constituye Pablo un ejemplo para nosotros: ante los «falsos hermanos» ni por un momento cedió «para que la verdad del Evangelio permaneciera entre nosotros» (Gál 2, 5).

OSCAR CULLMANN